

REVISTA DE ARAGON



SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.
—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º.—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
—No se devuelve ningún manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia*.
- II.—*Crónica Semanal*, por D. Mariano de Cavia.
- III.—*Antigüedades de Aragon*.—*El Castillo de la Aljafería*, por don Mário de la Sala.
- IV.—*Espronceda*.—*Su vida*, (continuacion) por D. Faustino Sanchó y Gil.
- V.—*Siete años en Annam*, novela original (continuacion), por don Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*Esperanza*, poesía, por D. J. Eduardo Sellent.
- VII.—*Libros remitidos á esta redaccion*.
- VIII.—*Especiáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de fuera de Zaragoza que estuvieren en descubierto del pago del trimestre actual, que se sirvan remitirnos prontamente dicho importe, bien por medio de carta á nuestra Direccion, bien por medio de sus amigos en esta capital, entregándolo en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

Desde hoy no serviremos fuera de esta capital suscripcion alguna cuyo importe no haya sido anticipadamente satisfecho.

CRÓNICA SEMANAL.

Cuando los ingleses—asegura un dicho muy conocido—se establecen en cualquier país, lo primero que hacen es una factoría; los italianos, un teatro; los franceses, un café; los españoles, una iglesia.

Esta última costumbre, que hubo de practicarse sin duda en otros tiempos con frecuencia, ha caído ya en completo desuso; no porque á los españoles nos falten alientos para llenar de iglesias, y aun de plazas de toros, los ámbitos del universo, sino por la sencilla razon de que tambien hemos perdido la costumbre de ir á establecer colonias nuestras por esos mundos de Dios.

En cambio—y váyase lo que se pierde por lo que se gana—dentro de casa nos hemos entretenido durante los últimos cincuenta años en echar abajo iglesias y conventos para probar nuestro amor al progreso y nuestro culto fervientísimo á la civilizacion. ¡La piqueta! Con ella pudieran simbolizarse muchos de nuestros adelantos.

Pero despues de la fiebre suele venir la reaccion; y, en efecto, la reaccion ha venido. Y con ella la manía de edificar nuevas iglesias, acaso destinadas á ser nuevas víctimas propiciatorias en los sacrificios que nos reserva el porvenir.—¿Significa esto que yo halle censurable esa manía? Nó, pero en los átrios de varios templos de Zaragoza he visto que se apela á la pública caridad para construir una nueva iglesia, y me ocurre preguntar:

—¿Por qué, si en vosotros se despierta ese piadoso afán, no restaurais los templos arruinados, en vez de erigir nuevos altares en honor de Dios? ¿Por qué, en vez de un templo nuevo, que no viene á satisfacer necesidad alguna pública ni privada, religiosa ni social, no reedificais los muros derruidos, las descubiertas naves, las torres abatidas de famosos santuarios que simbolizan vuestras mejores glorias históricas, que guardan vuestros más preciosos recuerdos místicos, que aún conservan reliquias primorosas de vuestros artistas más egregios?

Ahí estan junto al raudal del Huerva, oreadas por el viento que recorre los floridos huertos y frondosos olivares de la vega zaragozana, guardadas de un lado por un cuartel flamante y de otro por un flamante teatro, dejando destacar sobre el cielo azul los desiguales perfiles de sus arcos rotos, cediendo abrigo en sus grietas y hendiduras al amarillo jaramago y á la pintada lagartija, ahí están—digo—las ruinas del monasterio de Santa Engracia, cuyos tristes paredones deben arrancarnos constante y piadosísimo saludo, si los dulces sentimientos del patriotismo y la religion no os son ajenos, si en algo estimais la esplendente corona de gloria que han ceñido á la ciudad del Ebro sus héroes innumerables y sus innumerables mártires.

Ahí están, guardando la entrada de la viejísima cripta donde los cristianos primitivos se congregaban para renovar al Hijo de Dios, lejos del ru-

mor de la ciudad de Augusto, lejos de la implacable saña de los agentes imperiales, los firmes ofrecimientos de vida y alma, el homenaje ardiente de su fé, el tesoro riquísimo de su amor y su esperanza. Ahí están, sin conservar del esplendor pasado más que su portada alabastrina, florón precioso de la rica guirnalda de obras artísticas que dejó en Aragon Damian Forment, aquel artista que desde las orillas del Turia se trasladó á las márgenes del Arno, ansioso de aprender; que desde Valencia, fecunda madre de artistas inspirados, fué á Toscana, donde á la sazón se elaboraban las artes y las letras de la Edad Moderna, y se presentó en la Córte sin igual de Lorenzo el Magnífico, formando parte de aquella pléyade brillante de artistas y poetas; que pasó y traspasó los umbrales del Baptisterio de Florencia, cuyas puertas maravillosas cinceladas por Ghiberti, merecen ser—segun Miguel Angel—las puertas del Paraiso, y son—segun Emilio Castelar—las que se abrieron para dar paso al Renacimiento; que asistió á los comienzos de la carrera del inmortal Buonarrotti y embebióse en el estilo y en las enseñanzas de Donatello, el autor del *Zuccone* del Campanil y del *San Juan* de la Galería de los Oficios; que saturó su espíritu en los luminosos efluvios que la ciudad de los Médicis esparcía entónces como la aurora esparce luminosa claridad al apuntar el dia, y volvió, en fin, á pisar las playas españolas aportando á su pátria rico caudal de estudio y no menor caudal de inspiracion.

Si algun templo nuevo deben alzar á Dios los católicos zaragozanos entre los que ya hay abiertos—y no son pocos ni pobres—en la ciudad del Pilar, ningun sitio más digno que el del suelo sagrado donde yacen las cenizas de millares de mártires cristianos y donde derramaron su sangre por la pátria centenares de esforzadísimos varones.

El santuario de Santa Engracia debe levantarse otra vez de entre sus tristes ruinas.

Creo que no se ofenderá por eso ninguno de los santos y santas de la córte celestial que ahora están de moda.

¿Les veis cuán gallardos y apuestos, entrelazando sus brazos y dando al viento las narices, van por calles y plazas, luciendo sus anchos calzonzos de pana, que dejan ver el blanco calzoncillo, sus anchísimas fajas y sus blancas chaquetas? Presto trocarán esas características galas por las prendas y arreos del servicio militar. El Gobierno, en nombre de la Pátria y del Rey, les arranca de sus hogares para ponerles en las manos un fusil y cambiar el pañuelo de seda que ciñe sus sienes por una puntiaguda gorrilla de cuartel.

¿Quién dijera al oírles tan locuaces y regocijados, llenando de chicoleos á las muchachas y probando la *tessitura* de su voz, que han dejado anegadas en llanto madres, hermanas y prometidas? ¿Quién dijera que ellos mismos sienten traspasado el corazon por secreta pena, más punzante cuanto más callada? Todos saben ahogar su dolor y mostrarse, no ya resignados, pero hasta satisfechos y alegres con su destino.

Por solo haber sido quintos y haber sabido ven-

cerse de tal suerte, debiérase escribir en las hojas de los licenciados esta calificación: *Valor, probado.*

El artista italiano César Ficarra nos ha mostrado en *Las Campanas de Corneville* que un bufo puede excitar el sentimiento y producir honda emocion en un auditorio, con la misma facilidad que un actor dramático nos mueve á risa y chacota cuando lastimosamente confunde lo sublime con lo ridículo. Pasar de lo ridículo á lo sublime es el salto más difícil y maravilloso que se puede ver.

Cuentan de Roberto Robert que estaba en cierta funcion de un circo ecuestre. Mientras trabajaba un acróbata famoso, decía un caballero que habia al lado del sarcástico escritor:

—¿Qué salto, eh? ¡Qué salto!

—Eso no es nada: yo he hecho más, contestó Robert.

—¿Cómo, qué dice usted?

—Sí, señor, he hecho más: yo he saltado desde un lunes á un viernes sin tropezar con un garbanzo en el camino.

Pues una cosa parecida puede decirse de Ficarra: él ha hecho más que nadie. Ha saltado desde una escena descocadamente bufa á otra eminentemente dramática sin tropezar con una sola dificultad en el camino.

De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso; y lo salva cualquiera en un momento.

De lo ridículo á lo sublime hay distancias inmensas; Ficarra las salva en una noche.

MARIANO DE CÁVIA.

ANTIGÜEDADES DE ARAGON.

EL CASTILLO DE LA ALJAFERÍA.

Los grandes monumentos antiguos que á su celebridad tradicional reúnen una importancia arqueológica reconocida, tienen el privilegio de excitar vivamente el interés de las personas estudiosas, estimulándolas á conocer su historia y aquilatar su mérito artístico. Tal sucede con el palacio de la Aljafería, Alcázar de los reyes moros de Zaragoza y más tarde de los belicosos monarcas aragoneses.

No es ciertamente nuestro ánimo dilatarnos en la historia de este monumento que no há muchos años ejerció las eruditas plumas de los señores D. Mariano Nogués y D. José María Cuadrado; y ménos todavía el ocuparnos en la detallada descripción de un edificio que renovado casi á fundamentos, apenas conserva algunos vestigios de su esplendor pasado: no pasa nuestro intento de bosquejar su breve monografía en obsequio de los aficionados á las antigüedades de nuestra pátria, que al visitar á Zaragoza, corren presurosos á la Aljafería creyendo encontrar un monumento tan grandioso y bien conservado como el Alcázar de Sevilla ó la Alhambra de Granada, y que sorprendidos por el desengaño de tropezar con un cuartel flamante donde suponian la existencia de antigua morada régia, ni siquiera se detienen á examinar las va-

hiosas reliquias que aun atesora, salvadas milagrosamente al par que de la accion corrosiva de los siglos, de la enemiga arqueológica de los que dirigieron sus reedificaciones y trasformaciones sucesivas.

Que el origen de este edificio se remonta á los cuatro primeros siglos de la dominacion agarena, no hay para qué consignarlo; Bartolomé Leonardo de Argensola dice que fué llamado por los moros *Aljaferia*, y su hermano Lupercio Leonardo (1) asevera «que por cierto rey moro que la edificó llamado *Aljafar* se llamó la *Aljaferia*, edificio fortaleza antigua rodeado de torres fuertes para el tiempo que no habia artilleria.» Tal es la tradicion de su origen que no debe andar muy descaaminada, porque en último resultado el monumento existe conservando su antiguo nombre, y algun personaje importante, Rey ó Príncipe, llamado Aljafé ó Alfaje, Jafar ó Aljafar, fundó la Aljaferia y el inmediato pueblo de Alfajarin. La dificultad consiste en precisar la época é identificar el personaje.

El P. Jaime Jordan, del Orden de los Ermitaños de San Agustin, en su Historia de dicha Orden, citada por muchos autores, dice «que despues de *Senior*, obispo de Zaragoza, lo fué *Heleca* por los años de 864, siendo Rey Haben-*Aljafé*, que hizo la obra del Palacio real de la Aljaferia de esta ciudad y edificó la Mezquita Mayor que ahora es Iglesia de San Salvador.» (2) En esta opinion del P. Jordan resaltan desde luego dos yerros notorios; el primero por lo que respecta á la creacion de la Mezquita, templo de necesidad tan imperiosa y urgente para los buenos musulimes que difícilmente se concibe la tardanza de siglo y medio en edificarle despues de conquistada Zaragoza; la tradicion de los árabes atribuye la fundacion de la Mezquita á Hanasch-ben-Abdalá-el-Seaní (Hanaschio Alsananita dice el P. Risco) que acompañó á Muza en la conquista de la ciudad y la gobernó hasta el año 754; el segundo error es todavía más manifiesto, pues hácia el último tercio del siglo IX eran señores ó régulos de Zaragoza los descendientes del rebelde Muza-ben-Zeyad que mantuvieron su independenci. del Califa de Córdoba hasta el año 886, y no hay entre ellos ninguno que se apellide Alfaje ni cosa parecida.

De las tinieblas del siglo X pocas noticias podremos sacar que aclaren la historia del waliato de Zaragoza; apenas hallamos otra memoria que la del inconstante Aben-Haya ó Aben-Aire á quien el Califa Abderramen III dejó por Gobernador de la ciudad cuando la visitó en el año 917, y á este Aben-Aire se atribuye la restauracion del Alcázar real situado en la fortaleza de la puerta de Toledo, bien conocido en las historias bajo el nombre de Palacio de la Azuda del Ebro (3).

En los primeros años del siglo XI comienza el verdadero reino de Zaragoza independiente del califato de Córdoba, ya por este tiempo hundido en los abismos de la anarquía; su indudable fundador fué Al-Mondhir-el-Tadjibí á quien sucedió su hijo Yahia, asesinado en el año 1039 á los diez y seis de reinado (1). En 1040 se apoderó del ensangrentado trono de los Tadjibitas el walí de Lérida Suleiman-ben-Hud, tronco de la série de reyes Huditas que por línea varonil no interrumpida señorearon á Zaragoza hasta su definitiva pérdida; dinastía ilustre que supo conservar durante ochenta años un reino floreciente y próspero que se extendia por los valles del Jalon y del Cinca, del Segre y del Ebro, desde la Rivagorza al reino de Valencia y desde Medinaceli hasta Tortosa, sosteniéndose contra las soberanías cristianas de Castilla, Aragon y Cataluña, y manteniendo en respeto y alianza á los fieros Almorabides cuando se hicieron dueños y tiranos de todo el resto del Imperio Árábigo-Español. Fuera inconcebible este hecho positivo si los reyes moros de Zaragoza, á quienes sin maduro exámen calificamos de bárbaros opresores, no hubieran reunido eminentes cualidades como guerreros y políticos, siendo á la vez sábios y esforzados, justos y tolerantes: su intransigencia con el culto católico, su tiranía con los mozárabes quedan desmentidas con el hecho cierto de que los cristianos sometidos tuvieron abiertos constantemente los Templos de las Santas Masas y Santa Maria la Mayor, y á falta de otras memorias sobre los Obispos que rigieron la Sede Cesaraugustana en el último siglo de su esclavitud, sabemos que en este tiempo ejercieron sus prelacias Paterno, Juliano, Vicente III, Pedro II y Bernardo I, algunos de ellos con señalada proteccion de los musulimes.

Por lo demás, es cosa averiguada que la civilizacion de Zaragoza, durante el dominio agareno, rayó á grande altura; florecian las letras en sus escuelas, pudiendo registrarse en la Biblioteca Árábigo-Hispana-Escorialense del Doctor Casiri, un largo catálogo de humanistas, historiadores y poetas zaragozanos; cuidaron los hijos del Profeta de hermohear la ciudad con suntuosos edificios, construyeron la alcántara ó puente de barcas sobre el rio Ebro, abrieron las acequias que hoy se conservan para llevar el riego á nuestros campos, legaron su manera de edificar á las actuales generaciones que todavía se distinguen por sus excelentes fábricas de ladrillo, y muchos siglos despues de reconquistada la ciudad aun radicaban en los *Mudejares* ó moros sometidos casi todas las profesiones útiles; en ellos se encontraban los médicos, los industriales y hasta los arquitectos que labraban los palacios de sus dominadores, los castillos destinados á sujetar su raza y los templos donde habian de resonar los sagrados cánticos de una religion que pedia su esterminio.

(1) Informacion de los sucesos del Reino de Aragon en los años de 1590 y 1591, cap. XIV.

(2) Esta obra del P. Jordan, cuyo manuscrito se conserva en el archivo del Cabildo Metropolitano, segun vários autores, nos es completamente desconocida. El párrafo transcrito le hemos tomado de las notas sobre el Castillo de la Aljaferia, insertas á la pág. 78 del *Catálogo del Museo de Pintura y Escultura de Zaragoza*, impreso en 1868.

(3) Estaba en el recinto del Palacio de los Piores de San Juan, inmediato al Templo de San Juan de los Panetes. Aun se conservan algunas de sus ruinas.

(1) Mr. Dozy en la segunda edicion de sus *Recherches* admite que sólo hubo un rey de la primera dinastía, y que el asesinado en 1039 fué *Al-Mondhir* y no su hijo *Yahia*; la existencia de Mondhir en 1036 como rey de Zaragoza está comprobada por monedas árabes existentes en esta capital y desconocidas hasta hoy.

Véase el Discurso de apertura de la Universidad de Zaragoza, leído en 1.º de Octubre de 1870 por el Catedrático D. Francisco Codera, pág. 44.

La anterior digresion nos hizo abandonar por un momento las iniciadas investigaciones en busca de Aljafar, y forzoso será que procuremos encontrar ese histórico personaje dentro de la cronología de los *Beni-Hud*, en que, salva la corruptela de los nombres, andan bastante conformes los historiadores nacionales y extranjeros desde el Arzobispo D. Rodrigo hasta el holandés Dozy. Componen esa série de reyes: (1)

I. *Zuleiman-Al-Mostain-Billah*, fundador de la dinastía que murió en Zaragoza hácia el año 1046.

II. *Ahmed-Al-Moktadir-Billah* (Ahmed Al-moctader del P. Risco); reinó hasta el año 1081 y dividió sus estados entre sus hijos *Yusuf* que fué rey de Zaragoza y *Alfagib* que lo fué de Lérida.

III. *Yusuf-Al-Mutamin-Abu-Ahmer*, (Amer Yucef del P. Risco) que sólo reinó cuatro años constando su muerte en 1085.

IV. *Ahmed-Al-Mostain-Billah-Abu-Jafar* (Ahmed Almostain del P. Risco, Al-Mostain-Abu Giafar de D. Modesto de Lafuente) príncipe ilustrado, poderoso, humano, querido de sus pueblos y respetado de sus vecinos; el aliado y amigo del Cid, el vencido en Alcoráz y muerto por los cristianos en la batalla de Valtierra, cerca de Tudela en 1110.

V y último. *Abd-el-Melik-ben-Ahmed-el-Daulah* (el Amad-Dola de nuestros cronistas) que perdió el trono en 1118 cuando el Batallador se apoderó de Zaragoza; fué padre de *Ahmed-Seif-el-Daulah* á quien algunos historiadores introducen como VI Emír.

Conocida esta série de reyes, no parecerá temerario señalar en el penúltimo *Abu-Jafar*, hijo de Yusuf y sobrino de *Alfagib*, el Aljafar ó Alfajar de los Argensolas, ó el Aben-Aljafé de Blancas; fuera imposible encontrar otro régulo cuyo nombre guardara con aquellos tan marcada consonancia para que con mejor derecho pudiera adjudicársele la fundacion del palacio de la Aljafería. (2)

MÁRIO DE LA SALA

(Se continuará.)

ESPRONCEDA.

SU VIDA.

(Continuacion.)

Allí, en la soledad de aquel claustro, severo é imponente, cuando por sus ventanas descendía el *Angelus* que pronunciára el campanario con su lengua de bronce, la rica mente del juvenil vate empezó á remontarse á épocas apartadas, «complaciéndose en vestir con sus galas las dramáticas

(5) Véase en el P. Risco tomo XXXI de la *España Sagrada*, tratado 67, y en Dozy, *Recherches sur l'Histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant la moyen age*.

(6) El ilustrado anticuario y pintor D. Paulino Saviron que recientemente publicó en el *Museo Español de Antigüedades*, (tomo I, página 145) un excelente estudio sobre los restos árabes del castillo de la Aljafería, no sólo es de nuestro mismo sentir respecto al probable fundador del Alcázar, sino que lo confirma por el estilo de los restos que se conservan, que pertenecen al período transitivo del arte Arabe-español cuyos tipos corresponden al siglo XII ó fines del XI.

escenas de la historia finjiendo un marco de oro para cada uno de sus cuadros y haciendo un pedestal para cada uno de sus personajes;» sintió inflamada su alma con la idea de la aromática gloria del poeta, de la ruidosa del guerrero, de la ardiente del legislador; y enaltecido por las divinas é iluminadas regiones de la epopeya, sin curarse de si su tiempo oiría atento los vigorosos sonidos de la épica trompa, abrió el libro de nuestro pasado, vió levantarse á sus ojos la España caballeresca con el rostro cubierto de honrosísimas cicatrices, vió en toda su grandeza la primera hora del duelo á muerte entre moros y cristianos, vió en Covadonga, arca santa que se eleva en la cima de una de nuestras edades, la sombra augusta de Pelayo, vió, en fin, dos creencias, dos enseñanzas, dos civilizaciones distintas, sobre los despeñaderos de Asturias las unas, al pié de ellos las otras; y en presencia de este cuadro sorprendentemente grande, concibió la idea de escribir un poema, cuyo héroe fuese el primer caudillo que regara con sangre agarena el magnífico laurel coronado con la cruz que tiene escrito en sus hojas el nombre de los triunfos alcanzados por las espadas cristianas en las guerras de la Reconquista. ¡Feliz eleccion de héroe! Por ella mereció Espronceda plácemes mil á su maestro, de quien por cierto son algunas octavas que los fragmentos contienen. ¡Lástima grande que tan grande obra quedase sin concluir!..... Sensible es, ciertamente, que la delicada mano de Espronceda se helase pronto, porque la gloria de tener un poema castellano quizás la reservaba la Providencia al siglo XIX, á juzgar por su magnífico vestíbulo, que se llama *El Pelayo*.

Una vez cumplida su condena, nuestro gran lírico regresó á la Côte. Efecto de los recelos de la policia respecto á él, amagáronle nuevas persecuciones, y para poner término á sus sobresaltos, ansiando saber qué habia más allá de las fronteras de la pátria, marchó á Gibraltar y desde Gibraltar á Lisboa; de cuyo viaje, el ilustre hijo de Estremadura nos dá menuda cuenta *con jovial tono y fácil gracejo*, en un artículo, que publicó por vez primera *El Pensamiento* y que no extractaré por no empañar, reduciéndolo á estrechos límites, la brillantez del cuento que trazara la arrebatadora inspiracion del lírico bello entre los bellos. Me contentaré con deducir un dato de aquel artículo, y es el de que Espronceda pisó las encantadas márgenes del gran río que llenó con sus aguas la pila bautismal de Garcilaso y lloró las agonías de Camoens, tan pobre como pisó otras tierras aquel mendigo sublime, que renovando la aventura homérica, sin otro caudal que un manojo de pinces y su bordon de peregrino, de monasterio en monasterio, regalando pinturas por migajas de pan, llegó á la pátria de los Pontífices ávido de arrancar rayos inmortales á la historia, y al cielo rayos del sol que dora las trescientas cúpulas de la ciudad santa é ilumina ese sepulcro abierto de las edades antiguas que llamamos campiña romana.

Espronceda llamó á las puertas de Lisboa sin llevar dinero en el bolsillo: en ella conoció privaciones sólo comparables á las de nuestro Españolito á su arribo á Italia; y más de una vez vió anochechar en las calles de la gran ciudad, que tiene

en sus manos la llave del oceánico sepulcro del Tajo, careciendo de todo, de pan, de amigos, acompañado tan sólo de infinitas penas y angustias, que consiguió hacer menos amargas, gracias á su espíritu fogoso y aventurero, gracias á su resuelto corazón y á su firme voluntad. En medio de las privaciones de aquel destierro nació en el gentil poeta la pasión amorosa, embellecida por su fantasía, que absorbió gran parte de su existencia.

No es del momento narrar los amores de Espronceda, y aun siéndolo dejaría de hacerlo, señores, porque como dice un biógrafo ilustre del admirable vate, acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio. Tiene razón el crítico Ferrer del Río, honra de nuestras Academias. Referir las diversas alternativas de aquellos amores, sería profanar los secretos del gran corazón de Espronceda. «El silencio es el sudario de lo pasado; algunas veces es impío profanarlo,» ha escrito Lamartine.

La sombra de Espronceda pudiera pedirme que borrara alguna línea..... todas las que decoloraran su noble imagen si hollaran el sitio que ocupó en la vida el hermosísimo cantor del *Pirata*.

El alma de nuestro insigne poeta se contristaría señores, si esta noche nos ocupáramos en embalsamar otra cosa que los recuerdos puros, si en este discurso la posteridad no se presentara como un vaso de perfumes. «Una memoria es inviolable, porque es muda; no puede llegarse á ella mas que piadosamente, y jamás me consolara el haber dejado caer de esta vida á la otra vida, una palabra que pudiese herir á aquellos ausentes inmortales que se llaman manes.» Heriría á los manes de Espronceda el que yo descubriese ante vosotros ciertos pliegues de su corazón y de su pensamiento. Viven aun seres que amó mucho el autor del *Diablo-Mundo*. Silencio, y continuemos la narración de su vida.

Corta fué la permanencia del ilustre desterrado en la nación vecina. Intranquilos los ministros del rey de España de tener los emigrados á las puertas de la patria decidieron alejarlos, por lo que Espronceda y otros viéronse en la necesidad de decir adiós á las encantadas riberas portuguesas, á la magnífica desembocadura del Tajo, á la deliciosa Lisboa, que en una atmósfera de esencias, vive contemplando su peregrina belleza en brillantísimo espejo, á las montañas de la vieja Lusitania, que compiten en colores y en aromas con las que en Italia y en el Mediodía del país privilegiado del Occidente nos inducen á sospechar, si habrán sido ellas los caballetes que sirviesen al pintor de la Creación, y por último, á ese Cintra, museo de paisajes, cuyo autor solamente ha podido ser Dios, á ese Cintra, cuyos bosques de camelias son maestros y escuelas á la vez de poetas mil y lo serían igualmente de cien Lorenas y Poussinos que acudiesen á pedirles inspiración y enseñanza, á ese Cintra, por cuyas tortuosas sendas ya se ve un sombrío monasterio, ya cruces que piden una oración al caminante por el alma de una víctima, por el arrepentimiento de un criminal; á ese Cintra, donde yo no sé qué es

lo que produce mayor embeleso, si el oleaje granítico de dentados montes con las cúspides suspendidas en lo infinito y casi agitadas por el aire, si los cambios bruscos de luz y de sombras, si sus blancas coronas de madre selvas y sus profundos valles, en los que la vegetación del Norte llora la ausencia del sol, si sus laderas cubiertas de naranjales, si el ruido de sus mil torrentes desgajándose en varias cascadas, ó el lejano mar reflejando el sol en su celeste seno. «Espronceda abandonó pues la miranda bella entre las bellas del Oceano y trasladóse á Londres, donde no hay flores, ni atmósferas de dorados átomos. Por un momento inundó extraordinaria felicidad, al sentir en la frente el beso de las brisas marinas, al ver su buque rodeado de abismos. El hombre, señores, había quedado en la corte. Espronceda encontróse vigorizado, alentado, rejuvenecido en ese mundo de las aguas, que flota entre dos infinitos; que se embriaga, bebiendo toda la voluptuosidad de la vida y de la luz; que pone en la sangre las saladas esencias de las plantas marítimas, cuya flora es parecida á una lluvia de estrellas de colores; que recaba en la dignidad humana, ofreciendo al espíritu continuos motivos para vencer á la naturaleza;..... y es, amigos míos, que el Océano despierta siempre grandes ideas, grandes emociones en el corazón y en la inteligencia. Su celeste superficie, sus espumas, sus arenas, jaspeadas desde el celeste al oro, llenas de conchas y de algas; sus rumores, los reflejos de los astros en sus trémulas aguas; sus gaviotas, el cabrilleo de la luna, la fosforescencia misteriosa, que deja ríos de plata tras las quillas y gotas de luz tras los remos; los peces saltadores, que son pilas eléctricas vivientes, la vida rudimentaria, que dentro de numerosas urnas de cristal, se adorna, como germen de indiscifrables aspiraciones, como semilla de misteriosas esperanzas; sus interminables horizontes, que es como un libro de infinitas hojas que pasan sin cesar, lo eterno, lo inmenso, Dios, visibles, palpables en aquellas llanuras, calman todo valor, adormecen todo deseo; centuplican toda fuerza y agrandan, fortifican con sus inspiraciones el ánimo, jamás divorciado de la próspera naturaleza.

Espronceda gozó bien la naturaleza durante su viaje y llegó á Londres, rejuvenecido, aumentada su vida con la *vida infinita del Universo*.

Las orillas del triste, del funerario Támesis, ese río que parece el de la muerte, fueron más hospitalarias con Espronceda que las del aurífero Tajo, río del placer y de la alegría.

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(Se continuará.)

SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

—Extraño, sin embargo, que os aventureis sólo por bosques tan dilatados y abundantes en fieras, lo que creo que es llevar hasta la exageración el entusiasmo científico.

—Voy acompañado de un guía que, si bien me inspira alguna desconfianza, me parece muy práctico y conocedor del terreno, más hoy, como á mi estómago no le es posible soportar un régimen exclusivamente vegetal, le he mandado á la aldea inmediata donde tengo mis equipajes para que traiga una caja llena de conservas y de extracto de carne confeccionado por el eminente químico Liebig... Mi amor á la ciencia me hace encontrar soportables todas las privaciones, excepto la de nuestros nacionales beifeaks!... añadió el sábio con aire melancólico.

—¿Y á dónde decís que se hallan vuestros equipajes?

—En una aldea próxima, pero de nombre tan enrevesado, que no lo recuerdo.

—¿Asidmay?—preguntó vivamente el español.

—¡El mismo! Veo que estais muy fuerte en la topografía de este imperio, y si no temiera pasar por importuno, os haria desde luego una propuesta.

—¿Cuál? preguntó Jaime.

—La de que en adelante unamos nuestra buena ó mala fortuna y hagamos juntos nuestras excursiones. Os diré por qué: prescindiendo de la simpatía que habeis logrado inspirarme, podremos de este modo afrontar mejor los peligros que se nos presenten, no nos aburrirémos con la estúpida gravedad de que nuestros guías se revisten y podriamos vigilarlos mejor.

—Aceptaría tal oferta con reconocimiento, si mi género de vida siempre agitada y febril pudiera adaptarse al sosiego que exige el cultivo de la ciencia: figuraos que en ocasiones tendremos que pasar dias enteros á caballo, y á veces vegetaremos en determinados sitios totalmente aburridos, sin contar que algun suceso imprevisto puede obligarme á abandonar este país...

—Si no es más que eso—respondió sir Humberto—creo que podremos entendernos. Además de no tener gran prisa en redactar mi tratado, me agrada en extremo la vida caprichosa y fecunda en incidentes que presentais en perspectiva; y por último, si teneis que salir de aquí todo se reducirá á quedarme solo de nuevo.

—No os ocultaré tampoco que podriamos correr algun peligro, observó Jaime.

—Esa es una recomendacion para mí. A nosotros los ingleses nos agradan mucho las emociones fuertes—respondió con una sencillez encantadora el botánico.

—Entonces acepto vuestra franca propuesta. Un sábio y un enamorado, es decir, los hijos primogénitos de la locura, han de intervenir necesariamente en acontecimientos y peripecias tan originales que parecen inverosímiles.

Y dicho esto, como para sellar su alianza, se apretaron cordialmente las manos el inglés y el español.

III.

EL PASO DEL HUED-SAHO.

A tres leguas del lugar en que acaecian estos sucesos y á dos escasas de la aldea de Asidmay, hay un sitio agreste y magestuoso, sombreado por elevados talipotes, cocoteros y otros árboles de follaje no menos espléndido, por medio del cual atraviesa con formidable ímpetu el torrente Hued-Saho.

Por el accidentado sendero que á este último conduce, se deslizaba lentamente una numerosa caravana. Rompian la marcha cuatro ginetes indios muy bien armados; á estos seguian otros cuatro fornidos talingas (1) que llevaban una litera ó palanquin y que

á su vez iban escoltados por otros tantos que habian de reemplazar á los primeros cuando les tocara su turno: vestian una camisa y un pantalon de tela blanquísima, así como un turbante y una faja encarnados, lo que daba á su traje un aspecto vistoso y agradable: en pos de los talingas venia Tay-su acompañado de dos antiguos y fieles servidores y de su Daubachi ó mayordomo, cerrando la marcha cuatro acémilas vigiladas por dos conductores y el elefante Kourah, inteligente depositario de dos grandes fardos que encerraban la incalculable fortuna que Tay-su habia hecho durante su dilatada permanencia en la India. Sobre el carnoso cuello de Kourah iba montado su cornac y, en el aparejo de forma especial que ceñia su espalda, se acomodaban otros dos hombres armados que, como desde una atalaya, exploraban desde aquella animada fortaleza el terreno que debian atravesar.

Toda esta numerosa comitiva llegó muy en breve á la orilla del Hued-Saoh. La vertiginosa rapidez de su corriente, la anchura de su cauce y los colosales peñascos que, desprendidos de continuo de las próximas montañas, ruedan entre sus ondas, han hecho imposible la construccion de un puente de piedra ó madera que uniera sus dos orillas, mas á falta de esto se emplea el artificio inventado por un ingeniero tibetano, aplicable á todos los rios de gran álveo y arrebatada corriente. Consiste en cuatro pilastras de hierro (dos en cada orilla) unidas por dos maromas de hierro tambien y respectivamente paralelas: de estas maromas se halla suspendida una plancha horizontal susceptible de colocarse en cualquiera de ambas orillas, merced á dos tornos colocados en cada una de ellas que hacen deslizarse á dicha plancha á lo largo de las maromas.

Este, como todos los demás puentes colgantes al estilo tibetano, tiene el pequeño defecto de no poderse cruzar sin la intervencion de alguno que, en la orilla opuesta, haga girar al torno y traslade á uno, cuando ménos, de los que pretendan pasar: tal inconveniente ha sabido obviarlo la sabiduría imperial colocando dos funcionarios, uno en cada orilla, que cobran un pequeño impuesto sobre cada viajero, y á la vez impiden el paso á los que no van documentados en regla: de este modo se logra á la vez el acrecentamiento de las rentas de la nacion é impedir la fuga de los criminales.—¡Dios sabe lo oportuno que sería el aclimatar estos admirables puentes en España, donde, si no se pagan los impuestos, hallan en cambio los criminales fácil paso y espedito camino por todas partes!...

Al llegar el joyero annamita y su caravana á la vista de aquel puente, se destacó el guardian de la margen en que se hallaban aquellos, y despues de una breve conferencia habida con Tay-su gritó al de la orilla opuesta que estaba en expectativa:

—¡*Bith anahueng!*

Lo que equivalía, por lo visto, á ¡pueden pasar! puesto que el otro guardian hizo funcionar el torno.

Colocáronse primeramente sobre la plancha el Daubachi y un indio, y mientras pasaban sujetaron los demás á los caballos atándoles las piernas con cinchas y correas, y les despojaron de sus fardos y cargas, así como á Kourah.

Cuando ya habia cruzado el rio la mitad de la caravana, abrió Tay-su la portezuela del palanquin en cuyo interior cubierto de raso y sobre cojines de damasco azul, reposaba la encantadora Radhiah como una perla entre dos conchas de nácar.

—Hija mia—le dijo suavizando algun tanto el áspero tono de su voz—vamos á pasar el Hued-Saoh: ¿viniendo conmigo, te asustará el estrépito y violencia de sus aguas?

—¡Oh! ¡no!... exclamó la india saliendo de su blanco y perfumado nido, radiante de belleza y de ale-

(1) Esclavos destinados á la conduccion y servicio de los palanquines.

gría, con gran extrañeza de su padre, que durante todo el viaje la había visto presa de una silenciosa tristeza.

—Lado sea el cielo: Bhuda ha escuchado al fin mi plegaria!...

El piadoso Tay-su calumniaba lastimosamente al venerable Bhuda al atribuirle el cambio que en Rhadhiah se había operado: hé aquí en pocas palabras lo que había sucedido. Deseaba Jaime hacer llegar á noticia de su adorada que la seguía de cerca, mas no pudiendo hacerlo por sí mismo puesto que no se hacía ilusiones sobre la manera con que sería recibido por los que al joyero escoltaban, se confió por completo al leal é inteligente Yao. Este, con la viveza y prontitud de su imaginación oriental, halló pronto el medio de relacionar á los dos apasionados amantes. Para ello se entendió con un juglar vagabundo de los que pululan por los caminos de Annam entonando canciones y diciendo la buena ventura, y mediante dos rúpias inglesas (equivalentes á algo más de 18 reales) le decidió á adelantarse y á llevar el mensaje del español. El errante bardo supo llenar su cometido de la manera más satisfactoria; llegóse á la caravana, profetizó grandes prosperidades al supersticioso Tay-su, y luego, aproximándose al cristal dorado del palanquin, ofreció á Rhadhiah decirle su buenaventura.

—¡Ay de mí!—contestó la enamorada niña—¡mi buena ventura se quedó á las orillas del Ganges!

—Tu buena ventura—contestó el juglar haciendo un rápido signo de inteligencia—viene en pos tuyo y no tardará en verte, porque tiene los ojos negros; ni en alcanzarte, porque monta un brioso caballo.

Acostumbrados todos al ampuloso y metafórico lenguaje de los vaticinadores, nadie reparó en el oculto sentido de estas frases, comprendidas por Rhadhiah solamente; así es que, disimulando el profundo júbilo que la embargaba, sacó de su muñeca un cincelado brazalete de oro y de su seno un ramo de flores, y entregándolos al juglar le dijo:—Para tí la joya, y el ramo para que le consagres á mi buena ventura, en albricias de las felices nuevas que por conducto tuyo se ha dignado enviarme.

Entonces el hábil emisario saludó respetuosamente y se separó de la caravana para ir en busca del afortunado amante.

Tal era la causa del risueño cambio que el buen Tay-su notara en su hija, cuyos ojos recobraron toda su animación y brillo y en cuyo semblante se reflejó una indefinible expresión de serenidad y ventura desde que supo que su amante se hallaba cerca. ¡Bien hayan el amor y la esperanza puesto que son capaces de embellecer á la misma hermosura!...

Colocados sobre la plancha Tay-su y su hija, pasaron con toda felicidad al lado opuesto del Hued-Saho, siendo trasportados del mismo modo todos los demás viajeros y mercancías; en cuanto al elefante Kourak, apenas se vió libre de su carga, desdeñando ó temiendo tal vez el colocarse sobre la plancha, se internó en el torrente, y unas veces caminando sobre las rocas que á flor de agua había, y otras desapareciendo entre las montañas de espuma que al chocar con su enorme mole formaban las ondas, pero siempre vigoroso y rápido, llegó á tocar la orilla opuesta y se unió á su cornac, que ya le esperaba en ella.

Cuando todos hubieron pasado, decidióse hacer alto para comer y dar tiempo á que el sol descendiese algún tanto. De allí á poco se improvisó una frugal comida á la sombra de las palmeras, y bien pronto enormes pirámides de arroz cocido y artísticamente colocado sobre hojas de cocoteros, montones de arec, fruta del país muy apreciada, vasijas llenas de aromático café y otros compuestos de plantas no menos

nutritivas y deliciosas, despertaron el apetito de indios, talingas y esclavos.

Entretanto el Daubachi ó mayordomo de Tay-su llamó aparte á su amo y le preguntó sigilosamente.

—¿Estais seguros de la fidelidad de esos cuatro indios que nos acompañan?

—No me han dado motivo de desconfianza desde que salimos.

—Yo, sin embargo, abrigo vehementes sospechas—exclamó el celoso Daubachi:—se reunen esquivando la compañía de los talingas, hablan con gran misterio todas las noches hasta cerca de la madrugada, y se recatan de mí desde que han comprendido que los vigilo...

—Habian de esperar para ejecutar cualquier traición la víspera del día en que vamos á entrar en Asidmay? ¿No han tenido dos meses de tiempo? Eres injusto Daubachi.

—Tal vez no han tenido ocasión...

—Te prohibo ocuparte ya de este asunto—exclamó Tay-su con severo acento.

Mientras tanto, como para justificar la prevención del sagaz Daubachi, uno de los indios llamó aparte á sus tres compañeros y se puso á hablarles al oído.

Aquel indio era el maratha Sengi-Mahaver.

IV.

UN GOLPE DE MANO.

¿Cómo se hallaba el rival de Jaime de Alba formando parte de la escolta de Tay-su?

Recordarán nuestros lectores que herido y precipitado al Ganges por el bizarro aventurero español, éste, juzgándole muerto, no volvió á ocuparse más de él. Sengi Mahaver, á favor de la oscuridad, pudo ganar la orilla sin ser visto y retirarse á su cabaña: la herida, por otra parte, no ofrecía gravedad ninguna, y se curó muy en breve.

Esta lección hubiera bastado para hacer desistir á cualquiera que no estuviese dotado de la tenacidad india que al maratha caracterizaba, de tan peligrosa empresa, mas Sengi, animado por la profunda y ardiente pasión que los encantos de la hija de Tay-su le habían inspirado, así como por el inextinguible rencor que al afortunado Jaime profesaba, no quiso dejar empezada la partida.—«¡Rhadhiah para mi amor, su amante para mi venganza!»—Tomada esta decisión, se puso á escogitar los medios más oportunos para realizarla, sin que los peligros á que iba á verse expuesto, sirvieran para contrarrestar en lo más mínimo la enérgica potencia de su voluntad.

Cuando el esclavo que le servía de espía en casa del joyero le anunció que este último iba á regresar á su país y que buscaba cuatro hombres fieles y decididos que le escoltasen, Sengi, por una súbita inspiración y prevaliéndose de la circunstancia de no ser conocido ni por Tay-su ni por su hija, se presentó al primero ofreciéndose á acompañarle con otros tres indios más. Cerróse el trato entre el annamita y el astuto maratha, que no tardó en encontrar otros tres hombres decididos y con quienes podía contar á vida ó muerte, por haber sido en otro tiempo sus compañeros de brigandaje.—El plan que había formado era muy sencillo, y por lo tanto factible: reducíase á robar á Rhadhiah y volver á Benares á vengarse de su aborrecido rival y vencedor.

Ya en camino la continua vigilancia del desconfiado Daumachi y otras causas imprevistas impidieron á Sengi el dar el golpe de mano que proyectaba. Aunque audaz en sus propósitos es el indio muy paciente para esperar la ocasión de obrar con seguridad y buen éxito.

La tarde que siguió al paso del Hued-Saho al través de la impasible expresion del semblante de Sengi se le advertia animado á veces por ráfagas de siniestra alegría. Cuando sus tres satélites se aproximaron á él interrogándole con la mirada, el maratha se contentó con decirles,

—¡Hoy!..

—¿entretanto?.. preguntó uno.

—Procurad que se pase el tiempo sin que el mercader se aperciba de ello para tener que pernoctar aquí!..

(Se continuará.)

B. MEDIANO Y RUIZ.

¡ESPERANZA!

En ansias bulliciosas,
En vívidos deseos,
¿Por qué triste esperanza,
Te acercas hoy á mí?
Aparta, aparta pronto
Tus locos devaneos
Que nunca en bienandanza
Trocaste para mí.

En vano con tus besos
Refrescas hoy mi mente,
En vano en tus dulzuras
Embriagas mi dolor;
De tu falaz hechizo
Apártame prudente
De antiguas desventuras
Recuerdo torcedor.

¿No sabes que otro tiempo
Cediendo á tus engaños
Cifré en tus ansias locas
Mi dicha y bienestar?
¡Aparta!... Tus promesas
Tornando en desengaños,
Al presentarte evocas
Antiguo suspirar!

Oh! Nunca á tus falaces
Mentiras pesarosas
Prestára el alma mia
Credulidad y fé!
No huyeran de mi pecho
Con alas presurosas
La dicha y la alegría
Que á ver no volveré.

¿Qué hicistes, esperanza,
Para mi mal venida,
De aquellas ilusiones
De nácar y zafir,
De aquella mente pura
Para el gozar nacida
Que extrañas aflicciones
No osaron afligir?

¿Qué hicistes, esperanza,
De mi infantil pureza,
Mi cándida sonrisa,
Mi mente virginal?
Trocarlas por el duelo,
Por lóbrega tristeza,
Y huyendo de mí aprisa
Burlarte de mi mal.

Los ojos centelleantes
Que, vírgenes al llanto,
Mostraban la luz pura
Que brota la virtud,
Hoy secos y escaldados
Por eternal quebranto
Reflejan mi tortura,
Reflejan mi inquietud.

Los labios purpurinos,
Extraños á la queja,
Donde el placer y el gozo
Vivian sin cesar,
Hoy pálidos, caídos,
En ellos se refleja
En vez del alborozo
Mi fiero malestar.

La frente no marchita
Que dichas anidaba
Arruga el descontento,
Sombrea cruel dolor!
La voz ántes alegre
Que mi gozar mostraba
Fatídico lamento
Hoy lanza con furor!

¡Aléjate, esperanza,
Seduces engañadora
La mente en que se abriga
Un resto de placer...
¡Aparta de mi lado!
¡Conmigo sólo mora
La lágrima enemiga
De eterno padecer!

J. EDUARDO SELLENT.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada.—Manual de Química orgánica, por D. Gabriel de la Puerta, catedrático de la Universidad Central.—Madrid, 1879.

Descríbense en este libro de una manera clara y precisa las sustancias orgánicas y algunas de sus principales aplicaciones.—Se exponen también en dos largos capítulos los fenómenos químicos de la vida vegetal y animal, estudiando extensamente el origen de los elementos en los animales, la alimentación de ellos y la transformación de la materia en el organismo. Concluye el libro con un extenso capítulo sobre la conservación de las materias orgánicas, el embalsamamiento de cadáveres y la conservación de las maderas.

El *Manual de Química orgánica*, por el señor la Puerta, forma un volumen de 240 páginas en 8.º, de buen papel y buena impresión, ilustrado con una lámina litografiada.

Meditación-Nocturno para piano, por M. de Galí.—Madrid: Nicolás Toledo, editor.

El Sr. Galí es un aficionado; pero esta condición, que se invoca casi siempre para justificar vulgares medianías, cuando no pésimos desvarios, es en el presente caso un título más al aplauso que, por su laboriosidad y mérito, es debido al Sr. Galí, nuestro amigo y paisano.

Su última obra es una *Meditación-Nocturno para piano*, donde el compositor ha expresado á la par exquisito sentimiento y grande inteligencia en el instrumento que ha de repetir sus inspiraciones musicales.

Felicitemos por esta nueva obra á nuestro distinguido amigo D. Manuel de Galí y le excitamos á que siga por tan buen camino sin desmayar ni postrarse. ¡Dichoso él, que con toda holgura y á piacere puede recorrerlo, sin verse hostigado por necesidades apremiantes ni por imperiosas exigencias!